

TOPETE LARA, HILARIO

La cadera de Eva. El protagonismo de la mujer en la evolución de la especie humana

Contribuciones desde Coatepec, Núm. 16, enero-junio, 2009, pp. 177-181

Universidad Autónoma del Estado de México

México

Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=28112196009>



Contribuciones desde Coatepec

ISSN (Versión impresa): 1870-0365

concoatepec@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México

México

La cadera de Eva. El protagonismo de la mujer en la evolución de la especie humana

HILARIO TOPETE LARA¹

Para quienes nos interesa el proceso de hominización/humanización, encontrar un libro que nos ayude a entenderlo, y cuya autoría corresponda a un paleoantropólogo o un genetista, es algo cotidiano; pero que provenga de la pluma de un doctor en medicina, puede parecer algo extraño. No debería de serlo en este caso porque *La cadera de Eva...* no es la primera incursión que realiza Campillo Álvarez en los laberintos de la evolución, por el contrario, sucede a una saga que se inició en 2001 con el libro *Las biografías de Eva. La evolución humana a través de la hembra de la especie*, continuó con el artículo científico “La importancia de la menopausia en la evolución humana. La hipótesis de la abuela” de 2003, y parecía haber llegado a su fin con *EL mono obeso. La evolución humana y las enfermedades de la opulencia: Diabetes, hipertensión, arterioesclerosis*, publicado en 2004. Un neófito sobre el tema, pues, no lo es desde hace mucho y de allí la importancia de este ensayo dispuesto en dieciséis apartados que culminan con un índice analítico de buena manufactura. La empresa del autor es “redonda”: su autoría abarca hasta la introducción.

La obra de Campillo bien puede pertenecer a esta nueva generación de autores que, mediante el ensayo científico y/o la investigación científica propia o de segunda mano, han creado una verdadera corriente reivindicadora de la mujer; una corriente en la que podemos inscribir a Elaine Morgan (*Descent of Woman*), Carl Sagan (*Los dragones del Edén*), Helen Fisher (*El primer sexo*), Pepe Rodríguez (*Dios nació mujer*), Carolina Martínez Pulido (*El papel de la mujer en la evolución humana*); Bryan Sykes (*Las siete hijas de Eva*) y, sólo para no

¹ Escuela Nacional de Antropología e Historia-Instituto Nacional de Antropología e Historia.

alargar más el listado, Stephen Oppenheimer (*Los senderos del Edén*). Hay razones para considerar la existencia de una corriente pro-feminista y su puesta en un primer plano: la incorporación de mujeres en el campo laboral durante —y después de— la segunda guerra mundial; la incursión creciente de mujeres en la investigación científica; los congresos internacionales de las mujeres que reivindicaron derechos de todo orden en casi todos los países del orbe; el descubrimiento del DNA mitocondrial; y, por último, la valoración de la anatomía y fisiologías femeninas bajo una perspectiva evolucionista. El resultado: las mujeres han desplazado a los varones del centro motriz del proceso de hominización/humanización. Hay razones para ello y aquí referiremos de manera casi exclusiva las que esgrime el autor en su *La cadera de Eva*... Él mismo lo reconoce: a la hembra, en los estudios evolutivos, se le había adjudicado un papel secundario, y esta opinión ha cambiado en tanto se han valorado en nuestra especie no los espacios comunes, tradicionales, de la inteligencia, la manipulación de objetos, la visión cromática, la bipedestación, sino como sugiero, la aparición de las áreas de Broca, de Wernicke, los lóbulos frontales, el córtex y, entre otros, como propone Campillo, la receptividad sexual femenina, la posición copular ventral, el orgasmo femenino, la menstruación y su consecuente desperdicio energético, las dificultades del parto humano y la menopausia entre otros procesos fisiológicos y sus correspondientes formas anatómicas que lo hacen posible y sobre los cuales incide. No es difícil adivinar que el autor es un experto en fisiología.

A pesar del *handicap* que pareciera representar la lectura de un libro escrito por un catedrático de fisiología, el lector más bien se sorprende, desde el primer capítulo por el formidable didactismo con que el autor se propuso llevarle de la mano. Inicialmente propone un brevísimo curso de reproducción sexual que sirve de marco para entender cómo es que la reproducción sexual logra crear una hembra humana y cómo se hace posible en ellas (con la intervención necesaria de un macho —en condiciones “naturales”— para lograr la reproducción) la permanencia de la especie. Esto, en el primer capítulo de apenas trece páginas en las que se destaca la importancia capital de los genes, los cromosomas y las hormonas. A continuación el lector asiste a la apertura del laberinto de la evolución hacia donde arroja luz fundamentalmente apuntando a la selección natural y, dentro de ella, la evolución biológica con énfasis en la adaptación. Si un especialista en evolución espera que aparezca a la vuelta de página la variabilidad cobrando derechos por su trabajo en el proceso adaptativo, deberá abstraerlo por cuenta propia luego de varios capítulos. También es seguro que no encontrará referencias a procesos y temas olvidados en la presente obra: las exaptaciones (*exaptations*) y las enjutas o “tímpanos” (*spandrels*) de la evolución que, a mi juicio personal,

coadyuvarían a entender algunos aspectos aparentemente incomprensibles de la anatomía y la fisiología femeninas; al parecer, Jay Gould, Vrba y Lewontin no resultan muy útiles a su excelente ensayo.

Para Campillo, la especie humana (*Homo sapiens sapiens* que, por cierto, deviene de un *sapiens* inexistente en los antecesores según el propio árbol filogenético por él propuesto), primate como no lo puede evitar, homínido por necesidad, ha devenido humano de una serie de mutaciones desde las primeras “evas”, como llama a las *afarensis*, pasando por *H. ergaster* y de allí a *H. antecessor*, ese homínido que se encuentra en el traspatio de nuestra hominidad humana y de la hominidad neandertal. El clima, las modificaciones encefálicas, el azar, la necesidad y el hambre son los ingredientes ineludibles en el *cocktail* que lo hizo posible. Pero el autor desgrana su ansiedad por mostrarnos el tema central de su tesis: *La cadera de Eva* —que no la costilla de Adán, como lo propone *La Biblia*— es ya, desde Lucy, una cadera de bípedo, pero diferente de la de *H. Sapiens*, designación que utilizaré en lo sucesivo. Hay razones poderosas para distanciar a nuestra especie de los australopitecinos, a través de la cadera: el diseño de *A. afarensis* es el de un óvalo aplastado, con la dimensión mayor en sentido transversal; en *H. sapiens* existe un diseño similar pero con un mayor volumen encefálico, y dada la angulación específica del útero con la vagina, se obliga al feto a una serie de rotaciones que no le eran exigidas a los fetos de los homínidos que le antecedieron; por eso, la asistencia de otras hembras para ayudar en el trabajo de expulsión, devino muy útil.

La cadera de la hembra humana, según Campillo, está vinculada con una serie de eventos que tienen que ver con estrategias de supervivencia de la especie (cuidados y reproducción), entre los que no son de poca importancia la selección del macho para aparearse, es decir, machos con determinada simetría corporal, machos cooperadores en el cuidado y manutención de críos (primates que no maten críos para propiciar la cópula con la madre); machos proveedores a la hembra en los momentos perinatales (a favor de la tesis de O. Lovejoy de “intercambio de sexo por alimentos”); machos que “leyesen” bien los síntomas menopáusicos; etc. Y todo esto desencadenado por una adaptación evolutiva: la cadera de la *H. sapiens sapiens*. Pero no lo es todo. En su afán, enteramente legítimo y bienintencionado y bienlogrado, además, se lanza a la explicación de soluciones óptimas logradas por la evolución. Por eso, no es extraño asistir a explicaciones sobre la menstruación, el orgasmo, el embarazo, el parto y sus dificultades, el amor, los celos, el coito “a la misionera”, la poliginia, la poliginandria, la menopausia, la “abuelidad femenina”, el destete infantil y la —tan común que hasta consustancial parece a la especie— monogamia humana; tampoco lo es

que nos introduzca inteligentemente en la anatomía y fisiología cerebrales para vincularlas con la maternidad y la hipotética inteligencia heredada, en muchísimos casos, por la madre; y, para evitar una larga lista de ejemplos, menos aún resulta intrigante que, de pronto, incursione en paleodemografía y fisiología humana y las vincule con los cambios climáticos y explicar así, fenómenos como control natal, amenorrea como respuestas a climas poco favorables para la supervivencia, o que recurra a la orientación sexual (homosexualidad, “soltería” autodecidida) como una estrategia adaptativa a las condiciones adversas de supervivencia y la imperiosa necesidad del cuidado de los críos.

La cadera de Eva es, pues, un libro que sin proponérselo hiere de muerte a posturas machistas o androcéntricas en tanto que coloca a la mujer en el centro de la evolución homínida desde los australopitecinos hasta nuestros días; y razón no le falta desde el punto de vista anatomofisiológico y evolutivo (en la línea adaptacionista que eligió el autor, reitero). A guisa de ejemplo, deconstruye el mito del macho cazador como punto de partida de la evolución homínida; luego incorpora en el relato la caza pero como una estrategia adaptativa posterior a la recolección y al carroñeo, y una forma de complementar una alimentación resuelta en su mayor parte por las hembras y crías recolectoras. En otro momento, asalta las ideas convencionales acerca de la pretendida superioridad masculina y las hace saltar en añicos con un caudal de datos y una lógica contundente. No es, pues, el mejor homenaje a la masculinidad.

En más de algún apartado, el lector se sentirá seriamente sorprendido cuando descubra cómo Campillo, al doblar una línea de ideas, expone, mediante argumentos etológicos comparados, que el ser humano conserva similitudes de comportamiento con las aves, en ocasiones más aún que con el resto de los primates, pero no se queda allí: sus profundos conocimientos de medicina le permiten crear puentes entre lo estrictamente conductual observado y comparado y lo definitivamente científico (paleoantropológico, arqueológico, histórico, anatómico, fisiológico, genético, etcétera).

Pero para lectores puristas o al menos a quienes choca la parte ensayística —en ocasiones con tintes poéticos— o una sintaxis que no sea estrictamente técnica, seguramente encontrarán excesivas algunas preguntas retóricas como aquella en la que prosopopéicamente proporciona intencionalidad a la evolución y se pregunta “¿Por qué la evolución desarrolló una estructura que permite... diseñar la bomba atómica?”, o que la selección fomentase el enamoramiento para mejorar el comportamiento familiar y la división del trabajo entre el padre y la madre (cierta noción de monogamia establecida desde los inicios de la humanidad); quizá también se tengan reticencias a aceptar que la noción de parentesco,

una relación absolutamente social, se encuentre en el sedimento del altruismo y que ambos se hayan desarrollado tempranamente en la historia de los homínidos y todo ello se hubiese establecido cuasi genéticamente. Quizá a los partidarios de una especie en la que la violencia humana es concebida como un producto exaptativo o un *spandrel*, llegue a incomodar la idea de *H. sapiens* armados, agresivos, asesinos, que exterminaron a los neandertales. Y, para finalizar, a más de algún adulto mayor podrá insultar la idea de que la andropausia no existe porque “Los hombres... juegan un papel secundario... sobre todo en lo que respecta a la lactancia y a la protección del indefenso recién nacido”; pero a la vez —y si es el caso—, este hipotético individuo amojamado, canoso y de lerdo caminar tendrá la oportunidad de voltear hacia su compañera en la poltrona de al lado, que quizá mira sin mirar hacia el sol poniente, y podrá valorarla como mujer, como madre y como una abuela que, aún con la edad y los achaques propios del desgaste del programa genético, es un ser que vale más de lo que pudo haberse imaginado, fuera de romanticismos e incluso olvidando por un momento su “cadera de Eva”.

Como quiera que sea, *La cadera de Eva* es una obra que no puede dejar de leer quien se considere antropólogo, paleoantropólogo, psicólogo evolucionista, etnólogo, sexólogo, humanista o simplemente un curioso interesado en lo que T. de Chardin llamó *El fenómeno humano*.

Referencia

Campillo Álvarez, José Enrique (2007), *La cadera de Eva. El protagonismo de la mujer en la evolución de la especie humana*, Barcelona, Crítica, 287 pp., 14 figs. (b/n), ed. rústica, (col. Drakontos, Bolsillo), ISBN 978-84-8432-7.